BOLETÍN

DE LA

BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO

AÑO IX.—OCTUBRE-DICIEMBRE, 1927.—NÚM. 4

Vida intelectual de Menéndez y Pelayo

CONFERENCIA LEÍDA EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA SERIE ORGANIZADA POR EL COLEGIO DE DOCTORES DE MADRID, EL DÍA 16 DE FEBRERO DE 1927, POR EL BIBLIOTECARIO

D. MIGUEL ARTIGAS

Yo no conocí a Menéndez y Pelayo mientras vivió en la tierra pero ahora que está en el cielo (puedo decir parodiando a Fray Luis de León) le conozco y trato continuamente en las obras que escribió y en los volúmenes y papeles que almacenara en su biblioteca. Año tras año he ido ordenando los fondos impresos y los legajos manuscritos, he leído sus borradores, sorprendiendo en ellos impulsos contenidos, vacilaciones vencidas, brotes frescos, jugosos y limpios de de su prosa, año tras año he vivido donde él trabajó como un titán poniendo mis torpes manos en los objetos que él usaba y le he servido en el noble oficio de bibliotecario con el pensamiento puesto siempre en adivinar y cumplir la póstuma voluntad del dueño de aquel caudal espiritual de la cultura española.

Fría y embotada hubiese estado mi sensibilidad, sino hubiese nacido en mí espíritu una veneración profunda por el maestro y un deseo de penetrar hasta las más soterradas raíces de su espíritu. A veces lamento no haber escuchado su voz, no haberle tratado con alguna intimidad. Me consuelo no obstante con la consideración de que lo mejor suyo nos lo dejó en sus obras impresas, en su estilo noble,

expresión de la gallardía de su alma, siempre llena de elevados pensamientos, en esas anotaciones marginales, en los apuntes y retazos literarios, rasgos vivísimos y enérgicos de su carácter, abandonos de la voluntad, regocijadas sonrisas. ¿Para qué más? Creo por otra parte que los que no le conocimos, estamos a veces en disposición espiritual más favorable para conocerle que algunos de los que le trataron. ¡Qué pena da leer, de cuándo en cuándo, las páginas de algunos buenos señores que, porque trataron y dicen que fueron amigos del maestro, se creen en la obligación de molestarnos relatándonos nimiedades absurdas, anécdotas sin significación ni contenido. Conocieron a Menéndez Pelayo y ya no pueden conocer a Menendez y Pelayo.

Todo esto viene a cuento de que si alguien espera que al hablar yo ahora del maestro va encontrar novedades biográficas o una nueva serie de chascarrillos, sufrirá un desencanto. La biografía de aquel hombre, el relato de su paso por el mundo, la vida externa, pronto se cuenta, poco tiene que contar. Es este el momento de dedicar un recuerdo de respeto y agradecimiento a Bonilla y San Martín que supo hacer de la bio-bibliografía del Maestro, un libro hermoso y útil.

Una niñez rodeada de todos los cuidados y atenciones en un hogar tranquilo que gozaba de la horaciana *aurea mediocritas*. Antepasados artistas, bastantes libros en casa, ambiente de trabajo y disciplina impuestos por un Menéndez que profesaba las ciencias matemáticas, bondad gracejo y donaire en los Pelayos. Madruga en él la seriedad y la reflexión, se afana por saber, y ya en los bancos del Instituto se le tiene por un niño extraordinario. Sigue su juventud triunfante, lleno de premios y recompensas, es todavia un niño y ya ensaya su pluma en composiciones poéticas y en traducciones de los clásicos. Lee en el Ateneo de Barcelona su trabajo sobre Cervantes, acude a los certámenes literarios de la *Ilustración,* concibe y pone las primeras piedras de su obra soñada *La Biblioteca de Traductores.* En la facultad de Filosofia y Letras de Madrid sufre una grave contrariedad con la Metafísica que explicaba Salmerón. Se licencia en Valladolid y traba una amistad fraternal con Laverde, sin que la diferencia de edad sea para ello un obstáculo. Se hace doctor e imprime su tesis sobre *La novela entre los latinos.* Santander, que ha seguido con cariñosa curiosidad la triunfal carrera de Menéndez y Pelayo, se adelanta a costearle unos viajes por el extranjero. A los veinte años emprende estos viajes (los tres únicos que realizó durante su vida

fuera de España), a Portugal, Italia, Francia y los Países Bajos. En una excursión de investigaciones literarias por el Sur de España, le sorprende la noticia de la muerte de Amador de los Ríos. Alguien le insinúa la idea de que él puede sucederle en la cátedra y vencidas las dificultades legales de la edad que todavía no alcanzaba el estudiante de Filosofía y Letras, vinieron los brillantes ejercicios y el llegar a ser catedrático de Historia Crítica de la Literatura Española en la Universidad Central. Este acontecimiento cambia el rumbo de su vida y desiste ya de otros proyectados viajes.

El joven estudioso, ya hombre, «dió el fruto de su edad (como diría Angulo y Pulgar tratando de Góngora), siguió al amor y sirvió a las damas y al fin no fué casado».

El catedrático autor de numerosos y capitales libros no tardó en verse atraído por las academias, por los consejos, por las comisiones; y hasta la política, sirena más peligrosa y audaz que las de la mitología, le atrae con sus engaños. Pero todo ello: amores, academias, comisiones, honores, diputaciones, senadurías, son acontecimientos nimios y accidentales comparados con la aparición de la *Historia de las ideas estéticas,* de la *Antología de poetas líricos* y de los *Prólogos de Lope.*

Coincide con una fecha memorable y trágica en la vida de España el nombramiento de Menéndez y Pelayo para ocupar la dirección vacante de la Biblioteca Nacional.

Con los años le llegaron como a todo mortal los desengaños. Amistades que se resfrían, pretensiones no alcanzadas, ataques violentos y hasta la ligereza de un ministro que trata de jubilarle sin tiempo y con descrédito. De vez en cuando le sobrevienen también grandes satisfacciones, sus mejores discípulos comienzan a publicar libros capitales, las academias les llaman a sus gremios y es él, Menéndez y Pelayo el encargado de recibirlos y darles la bienvenida. En sus discípulos vé Menéndez y Pelayo continuada su labor y la esperanza de días mejores para la cultura patria y encuentra en su estilo frases hermosas de optimismo que endulzan y alegran el abatimiento y la amargura del espectáculo que ofrece a los ojos del gran patriota la suicida conducta de una generación ignorante desengañada y escéptica. Un nuevo esfuerzo, un llamamiento a todos los buenos y leales y comienza a publicarse la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* y en ella los cuatro volúmenes sobre los Orígenes de la novela.

La antorcha que alumbraba el camino de todos, ardiendo en fuego vivo de amor a España, se consumía poco a poco. El espíritu estuvo fuerte y pronto hasta los últimos momentos, dejó la pluma para coger el crucifijo y en la modesta sala de la casa de su hermano, frente a su biblioteca amada, se extinguió aquella existencia plena y ejemplar.

He aquí en pocas páginas narrado el curso de su vida, vida sin exaltaciones, sin peripecias, sin dramas, vida aparente, marco y sostén de otra vida, de la verdadera vida de Menéndez y Pelayo de su riquísima y potente vida interior.

Presidió sin duda a su nacimiento una favorable conjunción hereditaria de humores y temperamentos. La nerviosa exaltación paterna, se templa y refresca con el humorismo y sagacidad pasiega que le traen los Pelayos. El saludable equilibrio de su cuerpo y de su alma empieza a oscilar pronto hacia lo intelectual, en cuanto sus facultades se ponen en comunicación con el mundo del espíritu. Al primer contacto se engendra la vocación que crece potente y avasalladora, no sólo sin estorbos y oposiciones, sino con la vigilante y asidua atención de prudentes guías. Aprendió a leer, según confesión propia, en las *Escenas Montañesas* de Pereda, es decir, desde las primeras lecturas un arte fuerte y castizo orea y sacude su sensibilidad, lee con fruición y sin descanso; burlando, con astucias infantiles, las prevenciones de la madre que ya en estos primeros años comienza su inútil letanía de consejos, sus apóstrofes, no del todo sinceras, contra los libros que le robaban a su hijo.

Apenas entrado en el Instituto aquel niño, lector incansable, comienza a coleccionar los libros que leía y a formar el catálogo de la que él llamaba con una ambición, que hoy nos explicamos muy bien, su librería.

En aquel modesto Instituto Nacional ocurrió el encuentro y la iniciación que decidieron de su vida.

Enseñaba latín por los años de 1866 en el Instituto de Santander don Francisco Ganuza, era este buen don Francisco según cuentan cuantos le conocieron un bendito señor que no vivía más que para sus clásicos latinos. He oído contar a su nieto, amigo mío, señor Burgués, que para su abuelo la clase duraba todo el día: explicaba y preguntaba por la mañana en su cátedra, disputaba sobre cuestiones de grámatica y exegesis de textos con los canónigos de la catedral por la tarde, en la hora del paseo, y era cosa sabida que el nieto que

estudiaba latín o que ya lo había estudiado, si en la mesa no sabía pedir en latín el postre, no lo comía. Imaginaos la alegría del buen don Francisco cuando llegó a su cátedra el hijo de su compañero el Catedrático de matemáticas, con aquel talento tan despierto, con aquel insaciable afán de aprenderlo y de saberlo todo.

Seguramente que tan aplicado como en la clase de latín lo sería en la de Física o en la de Filosofía; pero con toda seguridad que ninguno de los profesores del Instituto tenía y sentía el culto por su asignatura como lo sentía y tenía Ganuza. Se estableció la corriente de simpatía, el profesor regalaba al discípulo Quintos Curcios y Cicerones y pasaba con él las horas muertas en su bien nutrida biblioteca. Después de los dos años de clase obligada, de común acuerdo padre, maestro y discípulo, siguió la clase privada de latín sin interrupción hasta que el estudiante con el título de bachiller en el bolsillo y la fantasía llena de fábulas clásicas, marchó a estudiar a la Universidad de Barcelona. Este comercio continuo y prolongado con los escritores clásicos determinó y encauzó para siempre la vocación del joven estudiante, fué el poso de humanismo que da fuerza y color a toda su producción literaria, fué el manantial perenne del arte que influye en todas sus páginas, fué la madurez perfecta que solo la asimilación de la cultura latina en edad tan temprana puede producir y sobre todo, el camino luminoso que guió los pasos por la vida del pensamiento. El continuo trato con los poetas latinos le hizo poeta y traductor de poetas que es a su vez una manera de poesía; su noble y porfiado oficio de traductor de clásicos, le hizo mirar con simpatía el curioso ensayo de una biblioteca de traductores escrito por don Juan Antonio Pellicer, libro que encontró un día en la mesa de trabajo de su tutor en Barcelona don José Ramón Luanco, bibliógrafo y erudito investigador de la alquimia en España. La lectura del ensayo de Pellicer le tienta a continuar esta obra, como simple curiosidad al principio, con el fin más científico y trascendente después, ensanchados los linderos de su trabajo, de averiguar qué es lo que España adeudaba a las culturas extrañas, con lo cual resultaría evidente y claro lo que hubiese de típico y original en nuestra civilización y cultura.

A este ideal responde el proyecto magno de formar la biblioteca de traductores. La magnitud de la empresa no le detiene, que de espíritus grandes es acometer grandes empresas y día tras día, año tras

año, desde 1873 a 1912 no deja de apuntar toda noticia de libro extranjero traducido, toda imitación, toda influencia que nota en sus lecturas.

Esta empresa juvenil acometida con decisión y brío singulares influyó de un modo extraordinario en su vida intelectual. Muchos se preguntarían después, ¿cómo Menéndez y Pelayo dió en la idea de leer tal libro olvidado y aburrido, de dónde sacó noticias tan peregrinas, cómo se explicaba que un jovenzuelo de 17 años hubiese leído ya y explotado el Nicolás Antonio y el Gallardo y las bibliografías todas publicadas entonces; era afán pedantesco de amontonar noticias y de enriquecer su memoria? No. En libros olvidados y aburridos había ido a buscar Menéndez y Pelayo noticias e influencias de las literaturas extranjeras en la española, los catálogos y bibliografías eran fuentes copiosas y ricas de traductores. La tarea asídua, cotidiana, interminable e interminada, fué a la vez que alimento de su afán de saber, forja constante de su nacionalismo científico y literario. Nadie sospecha cuando lee las páginas frescas, ágiles y desenvueltas de la *Ciencia española* en el obscuro y trabajoso origen de que proceden, nadie piensa ahora al leer, admirado, los Prólogos de Lope de donde arranca aquel conocimiento tan profundo de los elementos clásicos y bíblicos de historias y de novelas extranjeras en los temas innumerables que tocó la pluma del prodigioso Fénix. Estas dos consecuencias primordiales que brotaron de las constantes, continuas y prolijas lecturas para la formación de una biblioteca de traductores, la depuración de lo típicamente nacional y el caudal inmenso de conocimientos que le deparan, determinan y señalan algo muy fundamental en la formación del espíritu y de la vida intelectual de don Marcelino.

La biblioteca de traductores tal como la ideara el escolar de Barcelona no llegó a escribirse, ni era tarea para un espíritu despierto y alentado como el suyo. Su humildad, signo de su grandeza, acaso le hiciera creerse con vocación de bibliógrafo; pero estaba llamado a mayores empresas. El intento generoso dió su fruto exquisito y no importa que la selva de troncos y ramas secas haya quedado oculta en el suelo. Eran los de Menéndez y Pelayo una fantasía y un entendimiento activos por excelencia, el trato con los poetas latinos le hace poeta, imita a los modelos y se aprovecha además de sus riquezas. Así como en las poesías amorosas de muchos adolescentes se pueden señalar sin dificultad las frases de devocionario trobadas a lo humano,

en las poesías de Menéndez y Pelayo, se transparentan los modelos clásicos. Ellos le llevan como de la mano a conocer las traducciones y las influencias, es decir, a cultivar la historia literaria española.

Después, en Barcelona, en la clase de Milá y Fontanals, se inicia en la crítica estética. *Tu duca tu signore e tu maestro,* le escribirá años más tarde en la dedicatoria al frente del primer tomo de la *Historia de las ideas estéticas;* pero la Barcelona de sus dos años de estudiante y la Barcelona de toda la vida, presente siempre en su alma y en perpetua comunicación con ella por las correspondencias y libros de maestros y amigos tendrá un influjo más profundo y complejo que el haber encendido en el fondo humanista de su mente, la llama de la crítica estetica. El confesó, en ocasión pública y solemne, que a la Universidad de Barcelona debía la primitiva formación de su espíritu.

«En esta escuela me eduqué primeramente y aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que a falta de otras condiciones nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escueia de Barcelona y creo que sustancialmente no se ha modificado nunca. A esta escuela debí en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española el no ser ni krausista, ni escolástico cuando estos dos verbalismos menos distantes de lo que parecen se dividían el campo filosófico y convertían en gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a los que creían encontrar, en una habilidosa construcción dialéctica, el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y to divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de la conciencia y conforme a que leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía; allí contemplé, en ejercicio, un modo de pensar histórico, relativo y condicionado que me llevó no al positivismo tan temerario como el idealismo absoluto, sino a la prudente cautela del *ars nesciendi.*»

Barcelona, es, pues, para Menéndez y Pelayo, la revelación del mundo interior, la afirmación de la personalidad y el observatorio desde el cual descubre y aprende a analizar la belleza, la estrella fija de su firmamento, la que en lo sucesivo ha de guiar y dirigir su vida intelectual.

Barcelona le prepara y dispone para comprender y amar la cultura catalana y a través de la cultura catalana llega a comprender y a amar a Cataluña; y el castellano viejo que logra sentir éste amor a a la región más personal y distinta del mundo hispano, ya no podrá encontrar vallas en la estimación y amor a todas las demás. Yo creo que por haber sentido en la edad temprana de las efusiones generosas el magnífico y noble apasionamiento por aquella tierra «destinada acaso en los designios de Dios a ser la cabeza y el corazón de la España regenerada», adquirió aquella su concepción magna y generosa de una España en la que Portugal ocupa su sitio al lado de Vasconia y el Brasil y la Argentina se parangonan con Castilla y Aragón.

Qué ambiente tan distinto iba a encontrar Menéndez y Pelayo en la Universidad de Madrid.

La intimidad serena y familiar que disfrutaba en Barcelona la buscará aquí en vano. Recordad que viene a la Universidad en el otoño de 1873, en el ocaso de la República. Todo son cabildeos y preocupaciones políticas y la política puede decirse que radica y emerge de la Universidad. Salmerón y Castelar son dos figuras importantísimas en aquellos días, los dos eran profesores de Menéndez y Pelayo. Ajeno éste por completo a estas luchas, sin dársele nada de Pavía, ni de los Cantonales, aprovechaba la irregularidad y trastornos de la vida escolar para sumergirse en la biblioteca y alterna la redacción de papeletas con otros trabajos de historia literaria que le salen al paso.

Por un suceso, al parecer trivial que le sobrevino en la Universidad de Madrid, la vida de Menéndez y Pelayo tomó una dirección nueva, energías latentes en su conciencia se despiertan, los problemas que hasta entonces ha presentido se le presentan vivos y palpitantes, su espíritu descubre horizontes más amplios. Aquel año Salmerón no creyó que sus alumnos de Metafísica habían calado bastante los misterios filosóficos y suspendió a la clase entera. Este pequeño fracaso escolar irritó sobremanera a Menéndez y Pelayo, quien por aquellos días del mes de junio desató su pluma un poco fuera de quicio y ocasión, contra el Kausismo en una Revista escolar de Barcelona. Es de notar que en ese primer ataque no se echa de ver ninguna animosidad política ni religiosa; precisamente los ataques en este artículo vienen como *envío* en el último de una serie a don Manuel de la Revilla, porque había tratado con menosprecio en un artículo de *El Imparcial* un libro de don Adolfo de Castro, el cual por aquellas Ka-

lendas pasaba plaza de hombre avanzado y heterodoxo. Este artículo juvenil, además del despecho del estudiante que se creía maltratado, destila todo el mal humor del pequeño humanista y traductor de clásicos que, acostumbrado a las cadencias de las liras y de los exámetros horacianos (por entonces estaba escribiendo su *Horacio en España),* tenía que dejar las *Odas* o las *Epístolas* y sus traducciones, para tratar de sacar algo en limpio de aquellos empecatados apuntes de Metafísica que con letra nerviosa había copiado al pie de la letra en la Cátedra de Salmerón. Era la suya una antipatía literaria y estética, algo de lo que él confesó después en la *Ciencia Española* al decir del escolasticismo, que instintivamente le apartaba de él aquella santa ira que dominaba a los humanistas del renacimiento, repulsión en él más poderosa que la corriente tomista entonces avasalladora.

De todos modos, las cosas hubieran parado en esto, y consolado con las miradas platónicas de su Epicaris Montañesa y engolfado en sus papeletas de traductores hubiera olvidado pronto con éxitos literarios que le sobrevinieron, los malos ratos de la Metafísica, si no hubiera tenido él o su padre la idea de trasladar la matrícula a Valladolid. En esta Universidad pasó esta asignatura y se licenció con premio extraordinario en el mes de septiembre y allí trabó conocimiento y amistad con don Gumersindo Laverde. Conocida es la influencia que esta amistad ejerció en Menéndez y Pelayo, él siempre la confesó y reconoció con excesiva modestia al hablar de aquel «varón de dulce memoria y modesta fama, recto en pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y de patriotismo, purificado en el yunque del dolor hasta llegar a la perfección ascética, llamábase este profesor don Gumersindo Laverde; escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido a todos los conatos de historia de la *Ciencia Española* y muy especialmente a los míos que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado». Tenemos la fortuna de poseer una amplia e interesantísima documentación que nos permite seguir durante veinte años las relaciones de estos dos amigos: sus cartas. Bonilla aprovechó las que Menéndez y Pelayo envió a Laverde, recogidas y guardadas por la veneración religiosa del señor Graiño, para su biografía. Yo he revisado ahora las cartas de Laverde para rastrear y sorprender el momento de la evolución del joven bibliógrafo traductor y poeta, al polemista y defensor de la cultura española.

Las primeras cartas no se ocupan más que de los proyectos de ambos corresponsales: de la bibliografía de traductores de Menéndez y Pelayo y de una bibliografía de escritoras españolas, de Laverde. Se envían uno a otro datos y noticias. Pronto en una de las primeras cartas da cuenta Menéndez y Pelayo a Laverde de ciertos hallazgos de algunas obras de Pedro de Valencia, el cual, naturalmente, por varios motivos, tenía que figurar en su biblioteca de traductores. El bibliógrafo y erudito, entusiasmado con las noticias inéditas que descubre, no anula por completo al humanista, que se deleita leyendo la *Académica* y piensa y comienza a traducirla en castellano. ¡Qué noticia podía haber más halagüeña para Laverde, el propugnador en sus conocidos *Ensayos* de la rehabilitación y restauración de la filosofía española! Aplaude el intento de su joven amigo y le redacta la portada de un libro que debe apresurarse a publicar. El libro se titularía: *Pedro de Valencia y Gaspar Cardillo de Villalpando. Estudios biográficos y bibliográficos, acompañados de la traducción castellana de dos opúsculos de aquellos ilustres escritores españoles, por don Marcelino Menéndez y Pelayo.*

Laverde; optimista y cándido, nunca ve dificultades para sus proyectos, que en la comunicación y amistad de aquel joven de ingenio y de fácil pluma, le brotan burbujantes de la cabeza. Pronto le parece poco a Laverde aquel librito, y le propone que añada el opúsculo *De Morte* de Mariana, algunos de Sepúlveda y de Martí, y todavía mejor que estos opúsculos le parece una edición bilingüe de Fox Morcillo. De aquí a planear toda una biblioteca filosófica no había un paso. ¡Y cómo y cuánto planea y proyecta el optimista Laverde! Entusiasmado con su joven amigo, le escribe a mediados del año 1875: «Ya que yo he quedado en germen, consuélome con la esperanza de que usted será el árbol completamente desarrollado». Y tan confiado está en el valor y en la ejecución de su amigo, que un buen día, para distraer los dolores y melancolías, se dedica a trazar a Menéndez y Pelayo un plan de trabajo para unos doce años. Tenía que escribir: 1.° Una serie de monografías sobre escritores ilustres de la provincia de Santander. 2.° Los autores antiguos, considerados en las ediciones, comentos, traduccciones, etc. 3.° Polígrafos españoles. 4.° Heterodoxos españoles célebres. 5.° Los jesuítas españoles en Italia a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Además, le había inducido a traducir a Prudencio y le cedía sus derechos y apuntes para que compusiese él la Biblioteca de escritoras españolas.

Conviene advertir que todos estos proyectos, en más o menos, ya los tenía Menéndez y Pelayo en vías de realización. *Trueba y Cosío* estaba ya en la imprenta. La Biblioteca de traductores era su vieja ocupación y preocupación. Los polígrafos habían de entrar en esta Biblioteca de traductores, y de los jesuítas estaba publicando ya una serie de artículos. El único proyecto nuevo era la Historia de los heterodoxos. Laverde se quedó admirado cuando, en la carta siguiente, le anunciaba su amigo que ya tenía escrito el plan de esta Historia.

Además de estos sueños literarios y científicos, empezaron estos amigos a escribir juntos un libro de Estética y Retórica. Laverde, incansable, dice a los pocos días en otra carta: «Cuando vuelva a escribir a Valera pienso indicarle que proponga a la Academia por asunto para un concurso o certamen la Historia de la Estética en España, a fin de que usted, utilizando las muchas y exquisitas noticias que tiene, acuda a la cita y se lleve el premio. Cinco meses después recibía Laverde un extenso y detallado plan de la Historia de las ideas estéticas y, además, la introducción a la Historia de los heterodoxos.

Entretanto ocurrió un suceso de trascendencia y de relieve en la vida intelectual de Menéndez y Pelayo. Varias veces le había excitado Laverde a tomar parte en las discusiones muy en boga sobre el Krausismo, en cuyos ataques se distinguía Caminero; pero no conseguía que el alumno de letras que escribió dos años antes el violento artículo de la *Miscelánea* se decidiese a volver a las andadas.

El día 7 de Abril del año 1876, en una carta, le dice como de pasada «Adjunta va una nota que a vuela pluma escribí en vista del párrafo de Azcárate citado en ella. Puede usted hacer un buen artículo y una buena obra». He aquí la nota: «En una serie de artículos que Gumersindo de Azcárate está publicando con el título de *El Self Gobernement y la Monarquía Doctrinaria* hallo el siguiente párrafo (*Revista de España* n.º 1814). «Según qué, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso de que se ahogue por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos». Estos tres siglos ya se sabe que para el señor Azcárate son el siglo XVI, el XVII y el XVIII. No puede uno leer con calma afirmaciones tan desprovistas

de fundamento, que contribuyen a generalizar erróneas creencias respecto a nuestro pasado científico y por ende, a retraernos de su estudio como de cosa que poco o casi nada valen, cuando basta echar una ojeada al índice por materias de Nicolás Antonio (con ser incompleto y dejar fuera el siglo XVIII y parte del XVII), para conocer cuán grande actividad científica hubo entre nosotros durante esos siglos, ¿De qué ciencia se trata? ¿De la Filosofía? Pues en estos siglos tuvimos a Suárez, Huarte, Vives, Cardillo, Valencia, Caramuel, Arriaga, Piquer, y tantos otros. ¿De la Teología? ¡Si es la mar! Cano, Suárez, Lemus, Molina, Maluenda, los Luises, Arias Montano, etc. ¿Del Derecho natural o filosófico? Molina *de justitia et jure* Soto, etc. Suárez de *Legibus,* García Yáñez, *Enciclopedia juris,* etc. ¿Del Derecho positivo? Antonio Agustín, Covarrubias, Azpilicueta, Salgado, Ramos del Manzano, Campomanes, etc. ¿De las ciencias políticas y económicas? Navarrete, Saavedra, Moncada, Leruela, Valle de la Cerda, Mariana, Campomanes, Ceballos, Jovellanos... ¿De Historia y Ciencias arqueológicas y filológicas? Mariana, El Brocense, Zurita, N. Antotonio, Mondéjar, Antonio Agustín, Ferreras, Flórez, Valdeflores, etcétera. etc. ¿De Ciencias Exactas, Físicas y Naturales? En esto somos más pobres, aunque no tanto que en orden a ellas estuviese casi muerta del todo nuestra actividad científica: Monardes, Caramuel, Tosca, Cabanilles, Feijóo, Siliceo, Jorge Juan, Núñez, etc., a cuyo propósito conviene observar que no sería la falta de libertad la causa de que estas ciencias prosperasen menos entre nosotros, puesto que, siendo las que menos se rozan con la religión y la política, eran *ipso facto* las que ofrecían más libre campo a la actividad intelectual. De seguro que a nadie habría molestado el Rey ni la Inquisición porque hiciese los descubrimientos matemáticos y físicos de Descartes, Leibnitz, Newton, Lagrange, Gay Lussac, etc., etc.

El asunto, como usted ve, es de importancia y de honra nacional, y, ya que yo no puedo, desearia que usted empuñase la pluma y refutarse con la extensión conveniente, en forma de artículo o de carta, el aserto infundado del buen Azcárate (y que no es una opinión suya tan sólo), que se conoce estar más versado en la lectura de libros extranjeros que en la de españoles. Con tal motivo podría usted insistir en la necesidad de que se establezcan las cátedras que yo propuse en mi artículo, *El plan de estudios y la historia intelectual de España,* para acabar con la vergonzosa ignominia en que estamos, en

parte, por no saber latín, acerca de la actividad científica de nuestros mayores; ignorancia menor entre los extranjeros, caso raro, donde un Kleugten y otros mil no cesan de citar a Suárez y a otros filósofos. Usted puede como nadie escribir dicho artículo; mándemele y yo cuidaré de publicarle donde más convenga. Tiene esto tanto mayor interés cuanto que el ataque va indirectamenté contra el catolicismo.»

Cuando le comunica Menéndez y Pelayo a vuelta de correo que se ha puesto a escribir el artículo, le anima Laverde, diciendo: «Su artículo contra Azcárate será bueno, porque usted conoce bien el asunto, sabe escribir con desembarazo y podrá decir cosas nuevas o poco conocidas sobre varios puntos, como, por ejemplo, sobre las relaciones que median entre los varios filósofos y escuelas; lo que yo le mandé no era un plan, sino rápidas indicaciones; si fuera lo primero, habría hecho capítulo aparte de la Medicina y de los estudios lingüisticos, en que tanto bueno hicieron nuestros sabios en los tres últimos siglos.»

El próximo correo trajo a Laverde, con la carta semanal, la primera de las que forman la *Ciencia Española.* «Especial gusto he tenido—le dice—con el recibo de su última, y particularmente con la lectura de su refutación del peregrino aserto de Azcárate, erudita, perfectamente razonada, contundente, por lo que hoy mismo se la remito ligeramente retocada a Medina y Navarro para que la publiquen en la *Revista Europea.*»

Nótese de paso la paradoja de los títulos de las revistas. Azcárate escribía en la *Revista de España,* y Menéndez y Pelayo le contesta en la *Revista Europea.*

Me he detenido perezosamente en historiar la aparición de esta carta, porque ella fué el primer escrito de Menéndez y Pelayo que sacó su nombre al gran público y la que atrajo sobre su persona las miradas de los doctos.

No os voy a molestar relatándoos lo que todos teneis muy sabido, las peripecias, enlaces y derivaciones que tuvieron estas disputas recogidas en su mayor parte en los volúmenes de la *Ciencia Española.* Es de observar, no obstante, que en punto a Filosofía, Menéndez y Pelayo se mantiene distante de las dos Escuelas que dominaban despóticamente en España: el escolasticismo y el krausismo. Contra las dos siente la santa ira de los humanistas por el lenguaje bárbaro que emplean y la santa ira del español que comprueba que ambos

fanatismos se inspiran en libros extranjeros. No le hubiera irritado tanto un panteísmo Spinociano o un Escolasticismo que tuviese su punto de partida en alguno de los grandes maestros españoles del XVI. Es difícil fijar con exactitud la influencia de Laverde en la formación intelectual de Menéndez y Pelayo. La fórmula que mejor podría expresarla sería el decir que Laverde le adelantó la vida. Con sus conversaciones, con su asidua correspondencia, en poco tiempo, le colocó en posición de que pudiese percibir problemas y horizontes a los que el joven hubiese llegado más despacio. Por lo demás hay mucha diferencia entre las apreciaciones del maestro y del discípulo, y si el discípulo acepta por lo general las iniciativas del maestro, en el desarrollo va mucho más lejos, ve mucho más de lo que el maestro pensaba ver. Este, sabio y humilde, comprende al punto la superioridad, y en la lectura sucesiva de la correspondencia vemos pronto trocados los papeles. Realmente Menéndez y Pelayo necesitaba un amigo, un confidente literario, tuvo la fortuna de encontrarlo pronto y de que éste fuera el varón más docto de su tiempo en España, y el más santo.

Quiere notar Bonilla que «muerto Laverde la producción literaria de Menéndez y Pelayo cambia de un modo notable. Desde 1874 hasta 1890 Menéndez Pelayo, dice, es casi únicamente un humanista y un historiador de la filosofía, la crítica literaria en la que ciertamente no dejó nunca de ocuparse es un accidente de su labor en la época referida; pero desde 1890 en adelante la poesía y los clásicos y la filosofía ocupan en su vida un lugar secundario y aunque informado por su espíritu renaciente y filosófico que le dió el sentido artístico de la forma y la visión transcendental del ideal, se ocupa preferentemente en la ilustración de la literatura española».

A mi enteder puede decirse lo contrario que Laverde iba viendo las cosas de un modo distinto conforme leía las cartas y los libros de su amigo. Si por algún tiempo sueña Menéndez y Pelayo con la resurrección de la Filosofía Española, pronto aquel sentido histórico, relativo y condicionado, que aprendió en Barcelona le hace concebir la *Historia de la Filosofía Española*. Si Laverde sueña con unas cuantas semblanzas de famosos herejes españoles, el sentido histórico de su discípulo escribe un capítulo de *Historia eclesiástica española* con un pensamiento fundamental que va desarrollándose en el tiempo; escribe como dijo después, en el prólogo de la segunda edición

de los Heterodoxos, una historia de España vuelta del revés. El pensamiento de todos los grandes trabajos de Menéndez y Pelayo es muy anterior a la muerte de Laverde, con él los consultaba y siempre la aprobación del amigo y maestro eran el aplauso a priori. *La Historia de las ideas estéticas,* la obra fundamental y cardinal del maestro, es el punto medio donde se concentra y de donde irradia su pensamiento. Consideraba él esta historia como un capítulo de la historia de la Filosofía en nuestra Península, historia, decía «que todavía está por escribir y que yo escribiré algún día si la vida me alcanza para completar el círculo de mis trabajos, y si no mueren ahogados éstos bajo el general escarnio o la general indiferencia que en nuestro país persiguen a todo trabajo serio de los que aquí se denigran con el nombre, sin duda, infamante de erudición. Es asimismo esta obra una como introducción general a la historia de la Literatura Española, que es obligación mía escribir para uso de mis discípulos».

Estos párrafos nos dan la clave de toda la labor del maestro, de la que hizo y de la que dejó por hacer, labor en apariencia dispersa y varia, inconexa, fragmentaria; en el fondo, una y completa. Su formación clásica y humanista le hace capaz de realizarla y de idearla. Su *Biblioteca de Traductores,* tarea diaria de toda su vida, *La Ciencia española* y los *Heterodoxos Españoles* son buceos, exploraciones, calas en el espíritu nacional, en lo auténticamente español de nuestra cultura. Con una como divina iluminación quiere agrupar a la idea de la belleza, su estrella de Rey Mago, la historia de esta cultura. La manifestación en el tiempo y en el lenguaje de esta idea de belleza constituirá la Historia de la Literatura Española, y por este lado quedará completo el estudio. Ampliando después las investigaciones al desarrollo histórico de otros conceptos filosóficos en España, escribirá los capítulos restantes de la Historia de la Filosofía Española. No olvida que tiene cierto deber en dar preferencia, por su magisterio oficial, a la Literatura, y va escribiendo los diferentes capítulos en la Antología de poetas líricos, en los estudios sobre el Teatro Nacional, en *Los Orígenes de la novela,* en los prólogos, en los discursos, en notas críticas incontables. No por eso descuida la Historia de la Filosofía en España, a la que dedica notables estudios, ahora recogidos en el tomo de las obras completas que se titula *Estudios de Crítica Filosófica.* Filósofos en lengua vulgar y obras de filósofos españoles en latín, traducidas al castellano, hubieran tenido cabida en la nueva

biblioteca de autores españoles, cuyo prospecto, escrito por Menéndez y Pelayo, es una revelación más de las amplisimas líneas de su ambicioso patriotismo científico, uno y concreto. Lo escribió pocos años antes de su muerte y parece una página de *La Ciencia española.*

Y es que, en lo esencial, hay que insistír en esto: el pensamiento de Menéndez y Pelayo no tiene cronología. En las juveniles conferencias sobre Calderón se barruntan ya los prólogos de Lope, y en algunos prólogos y monografías antiguas, los orígenes de la novela.

También sería un error juzgar a Menéndez y Pelayo sólo por lo que hizo. Era un arquitecto genial, no era un hábil cantero. Trazó planos, marcó direcciones, desglosó caminos, educó y formó discípulos.

Empezó muchas cosas y no acabó ninguna, dice un despreciable Manual de Literatura española, escrito por un hispanista miope, que califica de disparatado el plan de la *Historia de las ideas estéticas*, y disparatado tenía que parecerle a quien se muestra muy ufano de haber estudiado en menos de cien páginas, en octavo, científicamente, metódicamente, todas las manitestaciones de la literatura española.

No nos dejó obras terminadas; prefirió, y fué uno de sus mayorés aciertos, levantar hitos indicadores en puntos estratégicos, dejarnos muestras ejemplares de la magna obra. Quien no carezca en absoluto de fantasía se imagina ahora cómo ha de edificarse lo que falta y qué es lo que falta para acercarse al arquetipo. Dejó trabajo comenzado y delineado para varias generaciones, y si no nos legó completa y acabada una historia del pensamiento y del arte español, que era su ideal soñado, nos ha dejado algo que vale más que esto; nos transmitió su fe en España; levantó el espíritu nacional, abatido y postrado.

Yo no sé si Menéndez y Pelayo se dió cuenta de la trascendencia de su obra, que sobrepasa los límites de la erudición y de las letras, o si se llevó clavada en el pecho la espina de una amarga desesperanza. Terrible fué la prueba en los últimos años. Una generación, desalentada con la derrota, se lanza a una crítica pesimista y enervante, y la palabra decadencia brota de todos los labios en los discursos y de todas las plumas en los escritos. El, siempre, lo mismo en el abandono de las cartas familiares, que en discursos solemnes, como el que pronunció en nombre del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en el festival académico con motivo de la entrada en la mayor edad de S. M. el Rey don Alfonso XIII (D. l. g.),

se yergue indómito contra el pesimismo ambiente. Su prólogo a la segunda edición de los *Heterodoxos,* pieza maestra de la madurez, doctrinal de historiadores, maravilla de estilo y tesoro de bondad y y de comprensión, capaz, él solo, de desarmar y rendir al enemigo más cejijunto y arisco, destila optimismo y confianza; pero algunas páginas del discurso en conmemoración del centenario de Balmes, escrito poco después, dejan en el ánimo del lector un sabor amargo. Lo que indudablemente sostenía enhiesta su voluntad y su entusiasmo era la fe en sus discípulos, fe y confianza que nunca le abandonó.

A raíz de la muerte de Menéndez y Pelayo se celebraron sesiones y veladas conmemorativas en varios Centros y Sociedades, y en todas dominó, como era natural, el tono apologético y apologetizante de los discursos. Ahora, después de catorce años, en éste de 1927, el Colegio de Doctores de Madrid ha tenido el excelente acuerdo de organizar un curso de conferencias sobre la obra de Menéndez y Pelayo. Los disertantes ya no son de una sola tendencia, en su conjunto, representan a toda la España que piensa y estudia, la ciencia clásica y tradicional y el afán innovador ideológico y artístico, y todos vienen ahora unidos a estudiar la obra de Menéndez y Pelayo, sin ocultárseles que, con este homenaje de estudio y de crítica, supremo homenaje, hacen profesión solemne y pública de fe en España, en la España tradicional, en la presente y en la futura España. Y es que en estos catorce años hemos aprendido muchas cosas que antes ignorábamos, y, sobre todo, aprendimos a levantar la cabeza. Nuestro maestro ha sido el trabajo, y el trabajo en las materias históricas y literarias nos ha traído a Menéndez y Pelayo.

Con su bandera, imitando el gesto reciente de uno de sus más queridos discípulos, sabremos de ahora en adelante sacudirnos los zumbidos de la indolencia y del escepticismo hipercrítico, aunque se nos presenten disfrazados y vestidos con las más hermosas y atrayentes teorías.